



LA DANZA GENERAL

EN QUE ENTRAN TODOS LOS ESTADOS DE GENTES.

Acuérdate hombre que eres
polvo, y que en polvo te has
de convertir.

ESTA terrible sentencia ha debido inspirar siempre ideas bien serias á todos los hombres, desde el principio del mundo: y la diaria experiencia de su irrevocable cumplimiento, sin excepción alguna, debiera bastar para mantenernos siempre en continuo temor, sin dejar espacio en nuestra imaginación para pensamientos de otra naturaleza. Pero la frecuencia misma del espectáculo, le ha despojado ya de una parte de sus horrores avezándonos á presenciá-lo. Por otro lado, la incredulidad, que con

lastimoso estrago ha ganado tanto terreno en nuestro siglo, ha contribuido en gran manera á aumentar nuestra insensibilidad. En efecto, el incrédulo que sólo ve en la muerte la terminación de la vida y la destrucción de la materia, debe considerarla, desde lejos, bajo muy diverso aspecto que el hombre religioso que descubre en ella no sólo el fin de su carrera mortal, sino también el paso á una eternidad feliz ó desgraciada, según resulte de la cuenta rigurosa que ha de dar de todas las acciones de su vida. De ahí proviene, por consecuencia natural, que el incrédulo piense poco en la muerte hasta que la mira ya cercana, aunque en aquella hora terrible paga bien cara su pasada indiferencia al verse á las puertas de una eternidad desconocida, de que muy pocos dudan en tales momentos de angustia y de terror; pero el hombre que aun conserva en su pecho el sagrado depósito de la fe, tiene á la vista la muerte todos los días de su vida y jamás aparta de ella su imaginación.

Tal parece haber sido el pensamiento dominante en la edad media: en aquellos siglos que llamamos de tinieblas, y en los que si había más superstición y más barbarie había también más fe. Pero ese sentimiento general, ese temor de la muerte, tomó una

expresión algo singular y casi ridícula al primer aspecto, mas que en el fondo encerraba una comparación exacta y una sólida doctrina.

La igualdad con que la muerte escoge sus víctimas entre todas las clases, sin respetar las más elevadas, ni despreciar las más humildes, indujo á representarla dirigiendo una gran danza y obligando á tomar parte en ella á toda persona, sin distinción de clase, edad, ni sexo, y sin dar oídos á sus excusas y lamentaciones. La idea de esta inmensa danza agitándose eternamente y absorbiendo en su interminable círculo la juventud, la riqueza y la hermosura, con la muerte á su cabeza, ocupada con insaciable afán en escoger sus víctimas y arrastrarlas á engrosar sus filas: la idea de esa inmensa vorágine que todo lo absorbe para no devolverlo jamás, es una idea terrible, aterradora, que nos hace estremecer, y nos trae á la memoria, que cuantos habitamos en este triste valle de miserias, no somos más que moribundos, con más ó menos plazo: la reserva de la muerte.

Tan natural parece esta expresión de la idea dominante, que la edad media ha dejado en todas las naciones de Europa sus «Danzas de la muerte.» En los cementerios, en las iglesias, y aun en otros edificios pú-

blicos que por su carácter podrían parecer menos á propósito para estas representaciones, nos han quedado pintadas diversas danzas; pero ninguna es tan famosa como la que Holbein trazó en las paredes del cementerio de Basilea al expirar ya la edad media, y que reproducida después por el grabado, ha llegado hasta nuestros días cuando el estrago del tiempo ha borrado ya las pinturas originales. La Inglaterra, la Francia, la Suiza, la Italia, la Alemania tienen una ó más «Danzas de la muerte,» pintadas, manuscritas ó impresas, y aun sabemos de la existencia de una en lengua limosina. (1) Ya desde 1485 producían «Danzas» las imprentas de París, si no son aun más antiguas otras que se encuentran sin fecha y en idioma alemán. Peignot en Francia, Doues en Inglaterra, y Massmann en Alemania han publicado obras destinadas á tratar expresamente de las diversas «Danzas de la muerte.»

Sólo la España parecía una excepción de la regla; pero aunque tarde ha venido al fin á presentar también su «Danza» que acaso exceda á todas las otras en antigüedad y belleza. El poema que vamos á examinar fué compuesto, según se cree, por los años

[1] Amador de los Ríos. Estudios sobre los judíos de España. Madrid, 1848, pág. 306.

de 1360 y ha permanecido manuscrito cerca de cinco siglos, no habiéndose impreso hasta el año pasado de 1849 por la diligencia de Mr. Jorge Ticknor quien lo incluyó en el Apéndice de su estimable obra sobre la historia de la literatura española. (1)

Esta «Danza,» la más antigua de todas según las apariencias, había merecido muy poco favor á los escritores españoles, que á pesar de su corta extensión no habían cuidado de publicarla, ni de hacer valer los buenos derechos que tiene su nación para aspirar á la primacía, ó á lo menos á la invención contemporánea en esta clase de ficción popular. (2) Y no era porque no la conociesen, pues ya desde mediados del si-

[1] History of Spanish literature, by George Ticknor. In three volumes. New York Harper & Brothers. 1849, 8º. Esta obra ha sido traducida y anotada en España por el distinguido orientalista D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia.

[2] Esta omisión era tanto más notable, cuanto que la España había estado hasta ahora sin un representante en esa larga serie de «Danzas;» sólo recuerdo haber visto una colección de grabaditos en madera, no muy finos, sin texto alguno, que pudiera tomarse por una «Danza de la muerte,» y son las letras de un alfabeto historiado de los muchos que trae Juan de Iciar en su «Arte subtilissima de escribir,» impreso en Zaragoza, 1550, en 4º. La edición que tengo y á que me refiero es de la misma ciudad, 1555. Sin embargo, estos grabados representan en parte una «Danza,» y en parte lo que podemos llamar una *variación* de la idea principal de que hay otros ejemplos, y consistía en representar á la muerte como á nuestra compañera en todas las épocas y situaciones de la vida. Así es que sirve la mesa al magnate, acompaña á las señoras á la iglesia, desempeña todos los oficios comunes de la vida, y hasta va [en la letra s] con el farol y campanilla acompañando al párroco.

glo pasado hizo mención de ella Rodríguez de Castro en su «Biblioteca Española,» y á fines del mismo siglo D. Tomás Antonio Sánchez, discutió quien fuese su autor. Ambos la atribuyeron á Rabi D. Sem Tob, comunmente llamado Rabi Don Santo, judío natural de Carrión que floreció en tiempo del rey D. Pedro el Cruel y de quien hace especial mención el Marqués de Santillana en su famosa carta, diciendo «que escribió muy buenas cosas de azas recomendables sentencias. (1) De él se conserva el libro de los Consejos y documentos al Rey D. Pedro,» y por la circunstancia de hallarse en el mismo códice la "Danza general," con otras piezas, fué declarado el judío autor de ella por aquellos dos literatos.

Pero Sánchez se arrepintió pronto de su decisión, y en el curso de su «Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV,» halló y aprovechó la oportunidad de rectificar su opinión primitiva, viniendo á fijarse en que el Rabi no es autor de la "Danza" y que ésta es anónima. Moratín, en sus "Orígenes," se conformó en un todo con Sánchez; y en efecto, parece imposible que un judío escribiese este poema, y los otros que le acompañan, si no es suponiéndolo antes

[1] Página 16, edición Ochoa.

convertido al cristianismo. Por eso los defensores del Rabi han comenzado por empeñarse en probar su conversión; pero no lo han conseguido, y han edificado en el aire sus defensas. (1)

Sea quien fuere el autor de la composición (2) lo cierto es que ésta lleva el título de «Danza general en que entran todos los estados de gentes,» y se divide en setenta y nueve coplas de arte mayor, cada una de ocho versos de doce sílabas, rimando el primero con el tercero, el segundo con el cuarto, quinto y octavo, y el sexto con el séptimo; bien que en esto hay sus diferencias, así como en el número de sílabas en los versos. La forma de la obra es un simple diálogo entre la muerte y las diversas personas que llama á tomar parte en su "Danza." Todos excepto el monje, se resisten y presentan objeciones; pero la muerte les echa en cara sus vicios, y sin darles oídos se los lleva. Además de dos doncellas que no hablan, hay treinta y tres personas llamadas á la "Danza," desde el papa hasta el jornalero, representando entre to-

[1] Ríos. Judíos de España, págs. 306, 309.

[2] Sigo en este examen la edición de Ticknor, por ser la única que conozco, á pesar de que en ella saltan á la vista muchas lecciones erradas é infinitas faltas del copista ó del impresor. He tenido presentes las coplas sueltas que habían publicado antes otros autores.

dos las principales clases en que se dividía entonces la sociedad. Concluido el llamamiento de las treinta y tres personas, hace la muerte uno general para todos los que no ha llamado *nominatim*, y concluye la obra con una especie de coro que «dicen los que han de pasar por la muerte,» exhortando á la conformidad y á prepararse para aquel trance con buenas obras.

El estilo del autor, á veces ligero y burlesco, forma extraño contraste con lo serio de su asunto. En el desempeño de su plan, sin embargo, tuvo ocasión, no sólo de hacer una viva y variada pintura del terror que inspira la llegada de la muerte, sino también de censurar los vicios dominantes en su época, como después veremos. La sencillez del argumento revela sin duda, la infancia del arte; pero no comprendo por qué razón D. Leandro Fernández Moratín, en sus «Orígenes del Teatro Español,» dió á la composición que nos ocupa el primer lugar entre las piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega. Ya observó uno de los editores del mismo Moratín (1) que en caso de representarse esta pieza serían necesarios treinta y cinco actores. Pero dejando esto aparte, ni por su argumento, ni por su

[1] Ariban, Biblioteca de Autores Españoles, (Madrid, 1848, et seq.), tomo 2º, pág. 178, nota.

estructura puede considerarse como una pieza dramática en que su autor «supo reunir el baile, la música instrumental, la declamación y el canto» según dice Moratín. (1) Sólo tiene de dramático el estar dialogada; pero esto lo exigía de tal modo el plan, que apenas se concibe cómo podría desempeñarse sin el auxilio del diálogo. Por lo mismo, la "Danza de la muerte" debe dejar el primer lugar que le señaló Moratín, para que vengan á ocuparlo *siquiera* las églogas de Juan de la Encina y Gil Vicente.

Supuesta ya esta breve noticia del poema en general, concluiré con algunos extractos de él, ya que no me es posible publicarlo por entero.

Comienza la muerte diciendo: (2)

Yo so la muerta cierta á todas criaturas
 Que son é serán en el mundo durante;
 Demando é digo, ó home, por qué curas
 De vida tan breve en punto pasante;
 Pues non hay tan fuerte nin rescio gigante,
 Que deste mi arco se pueda amparar
 Conviene que mueras cuando lo tirar
 Con esta mi frecha cruel traspasante.

 ¿O piensas por ser mancebo valiente,

[1] Página 29, edición Ochoa. Pág. 135, edición Ariban.
 [2] Esta estrofa la publicó Moratín con más corrección que Ticknor.

O niño de días que á lueñe estaré
O fasta que llegues á viejo impotente
En la mi venida me detardaré?
Avisate bien que yo liegaré
A ty á desora, que non he cuidado
Que tú seas mancebo ó viejo cansado
Que qual te falláre tal te levaré. (1)

En seguida introduce el autor á un fraile que exhorta á la contrición y penitencia, concluyendo su sermón con estas palabras:

Abrid las orejas que agora oyredes
De su charambela (2) un triste cantar.

Convoca luego la muerte en general para la danza.

Dice la muerte:

A la Danza mortal venit los nascidos
Que en el mundo sois, de cualquiera estado:
El que non quisiere, á fuerza é amidos, [3]
Fascer le he venir muy toste privado, [4]
Pues que ya el Frayne nos ha predicado
Que todos vayais (5) á fascer penitencia

[1] Corregida por la de Amador de los Rios, pág. 310.
[2] Charamela ó Churumbela, instrumento músico semejante á la Chirimía.
[3] De mala gana.
[4] Apresuradamente.
[5] Ayades.—*Moratin.*

El que non quisiere poner diligencia
Por mi non puede ser mas esperado. [1]

Las primeras que llama en particular son dos doncellas:

A esta mi danza trax de presente
Estas dos doncellas que vedes fermosas:
Ellas vinieron de muy mala mente
A oyr mis canciones que son dolorosas;
Mas no les valdrán flores ny rosas,
Nin las composturas que poner solian
De mi si pudiesen partir se querrian
Mas non puede ser, que son mis esposas.
A estas y á todas por las aposturas
Daré fealdad, la vida partida,
E desnudedad por las vestiduras,
Por siempre jamas muy triste aborrida.
E por los palacios daré por medida
Sepulcros oscuros de dentro fedientes
E por los manjares, gusanos royentes
Que coman de dentro su carne podrida.

En medio de la rudeza del lenguaje, se advierte en esta horrible pintura una energía y viveza de colorido que nos hacen estremecer. Las doncellas nada responden, y la muerte sigue llamando por su orden al papa, al emperador, al cardenal, al rey, al patriarca, al duque, al arzobispo, y al con-

[1] Non puede ya ser ya mas esperado.—*Id.*

destable. Todos arguyen y se quejan; pero la muerte se los lleva á todos. El último dice:

Yo si muchas danzas de lindas doncellas,
De dueñas hermosas de alto linaje,
Mas segunt me paresce, no es esta dellas
Ca el tañedor trahe feo visage.
Venid, camarero! desid á mi paje
Que trayga el caballo, que quiero fuyr,
Que esta es la danza que disen morir;
Sy della escapo, tener me han por saje. [1]

Dice la muerte:

Fuyr non conviene al que ha de estar quedo;
Estad, condestable, dexat el caballo!
Andar en la danza alegre muy ledo
Sin faser rruydo, ca yo bien me callo.
.....

Llama luego al obispo, al caballero y al abad. Éste se resiste diciendo:

Magüer provechoso so á los religiosos,
De tal danza, amigos, no non me contento;
En mi celda aria manjares sabrosos,
De ir non errara comer á convento.
Darme hedes sygnado como non consyento
De andar en ella, ca he grand rescelo,

[1] Cuerdo. Del francés *sage*.

E, sy tengo tiempo, provocho y apelo:
Mas non puede ser que ya desatiento.

Por aquí vemos si es antiguo el uso de las protestas, y los buenos efectos que suelen producir á sus autores. Hallamos también una pincelada sobre las costumbres del clero en la edad media, que el autor repite con más vehemencia al tratar de otros personajes eclesiásticos que después entran en escena. Otros poetas de la misma época, como el Arcipreste de Hita, y Ayala, en el "Rimado de Palacio," se expresan en términos semejantes.

Llégale su vez al escudero; se excusa, representa, pero pasa adelante. Lo propio sucede con el deán, el mercader, el arcediano, el abogado, el canónigo, el médico, el cura y el labrador. El monje, que sigue á éste, es el único personaje de todo el poema que no se resiste, antes celebra la llegada de la muerte en estos términos:

Loor é alabanza sea para siempre
Al alto Señor que con piedad me lieva
A tu santo reyno, á donde contemplo
Por siempre jamas la su magestad;
De carcel oscura vengo á claridad
Donde abré alegría syn otra tristura:
Por poco trabajo, abré grand folgura:
Muerte, non me espanto de tu fealdad.

El autor pintó felizmente la tranquilidad de conciencia producida por una vida justa. Pero oigamos cuán diferente es la respuesta del usurero, llamado despues del monje:

Non quiero tu danza nin tu canto negro,
Mas quiero prestando doblar mi moneda;
Con pocos dineros que me dió mi suegro
Otras obras fago que non fiso Beda.
Cada año los doblo, demas esta queda
La prenda en mi casa que está por el todo;
Allego riquezas y hayriendo de cobdo;
Por ende tu danza á mi non es beda.

Dice la muerte:

Traydor usurario, de mala conciencia
Agora veredes lo que faser suelo;
En fuego ynferral sin mas detenencia
Porné la vuestra alma cubierta de duelo;
Allí estarédes, do está vuestro abuelo,
Que quiso usar segund vos usastes;
Por poca ganancia mal syglo ganastes
E vos, frayre Menor, venit á señuelo.

El fraile se resiste como todos los demás; pero también le llevan. Tras él van el portero, el ermitaño, el contador, el diácono, y en seguida el recaudador, que se excusa de asistir á la danza por sus muchas ocupaciones:

Azás he que faga en recabdar
Lo que por el rey me fué encomendado;
Por ende non puedo, nia debo danzar
En esta tu danza que no he acostumbrado.
Quiero ir agora apriesa priado [1]
Por unos dineros que me han prometido;
Ca he esperado é el plazo es venido:
Mas veo el camino del todo cerrado.

Dice la muerte:

Andad acá luego syn mas tardar,
Pagad los cohechos que avedes levado,
Pues que vuestra vida fué en trabajar
Como robariedes al orve cuytado.

Se ve que la opinión de los recaudadores estaba hace cinco siglos tan bien sentada como ahora. El sub-diácono, el sacristán, el rabi y el alfaqui, siguen al recaudador y cierra la marcha el santero, á quien la muerte, antes de llevarle, obsequia con el siguiente apóstrofe:

Non vos vale nada vuestro recelar
Andad acá luego, vos, Don Taleguero,
Que non quisistes la hermita adobar;
Fezistes alcuza de vuestro gargüero;

(1) Sin tardanza, con diligencia.

Non visitaredes la bota de cuero
Con que á menudo soliadés beber;
Zurron nin talegas non podreis traer
Nin pedir gallofas (1) como de primero.

Acabado el triste santero, la muerte publica su pregón general para que acudan presto á su danza todos los que no ha nombrado y en seguida «todos los que han de pasar por la muerte» dicen en coro la siguiente estrofa, que viene á ser la *moral* del poema:

Pues que asy es que á morir iremos
De necesidad syn otro remedio,
Con pura conciencia todos trabajemos
En servir á Dios sin otro comedio:
Ca él es principio, fin é el medio
Por do, sy le place, abremos folgura,
Aunque la muerte con danza muy dura
Nos meta en su corro en cualquier comedio.

De esta manera termina tan singular composición, que después de un encierro de cinco siglos ha salido por fin á luz, gracias á un escritor extranjero. Por este hecho aislado debe conocerse cuánto podrían aumentar todavía los españoles el caudal de su ya riquísima literatura, no escribiendo nada

(1) Mendrugos de pan.

nuevo, sino recogiendo y dando á conocer éstos que para ellos son desperdicios, y en realidad son joyas que otros desearían poseer. Mucho debe esperarse del movimiento literario que hoy se nota en la Península: á él debemos acaso el conocimiento de nuevos tesoros ignorados, que reivindiquen para aquella nación la precedencia en muchas invenciones, de que las extranjeras se envaneceñ, y en justicia pertenecen á la España; país de gloria y de poesía, en cuyo hermoso suelo ha dado quizá sus más bellos frutos el entendimiento humano.

México, Diciembre 15 de 1851.

(Publicado en el «Espectador de México», tomo 4º, página 81.)





LA ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ESPAÑOLA. (*)

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

RESUNCIÓN parecerá, á primera vista, que un cuerpo literario nacido ayer, y desprovisto, por tanto, de la respetabilidad que dan los años y las muestras de vida y de saber, se presente ante el público, emprendiendo desde luego la publicación de sus *Memorias*, cuando la Real Academia Española, por mil títulos respetable, ha dejado trascurrir más de si-

(*) Publicado al frente del tomo I de las *Memorias* de a misma Academia (1876).